

que viven en los árboles para estar al abrigo de los animales feroces. He hallado muchas veces las huellas frescas de gorilas en los sitios en que los machos habían pasado la noche, y me he convencido de que su posición favorita era estar sentados y con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Esto explica por qué el gorila macho muestra la piel gastada y usada en la espalda, mientras que el *trogloditas calvas* ó *nschiego chawe*, habituado á dormir sobre una rama, y al abrigo del follaje, tiene el costado desprovisto de pelo.

El gorila no vive á bandadas. Sólo he hallado juntos al macho y á la hembra.

El gorila que yerra solitario es más feroz y sombrío y temible.

Rara vez el cazador halla más de cinco gorilas reunidos. El gorila, por regla general, evita el encuentro del hombre; pero, cuando se halla en su presencia, no emprende la fuga.

Cuando sorprendía á una familia de gorilas,—añade Chaillu,—el macho se hallaba ordinariamente sentado sobre una roca ó adosado á un árbol, en uno de los puntos más sombríos y oscuros de la selva.

La hembra es la que suele dar la señal de alarma, lanzando penetrantes chillidos. Entonces el macho se levanta lentamente, echa chispas y llamas por los ojos, sacude su pecho y ruga de un modo formidable y siniestro. El animal presenta un aspecto repugnante, imposible de describir. Al verle, perdoné á los cazadores indígenas sus terrores supersticiosos, y cesé de admirarme de los extraños y maravillosos cuentos que circulan respecto de los gorilas.»

Más adelante, el mismo Chaillu traza el siguiente cuadro acerca de la caza del gorila.

«Caminábamos con un silencio tal que sólo se oía el ruido de nuestras respiraciones, cuando resonó en el bosque el terrible grito del gorila.

Un instante después, se separaron las malezas, y de repente nos hallamos frente á frente de un enorme gorila macho. Había atravesado la espesura á cuatro patas; pero, cuando nos vió, se levantó, mostrando toda su estatura, y nos miró atrevidamente y en actitud belicosa. Se hallaba á unos quince pasos. Fué una aparición que jamás olvidaré. Mediría unos 6 pies; su cuerpo era inmenso; su pecho monstruoso; sus brazos de pasmosa fuerza muscular. Sus grandes ojos grises y hundidos brillaban con salvaje fulgor, y su rostro tenía una expresión diabólica.

Nuestra presencia no amedrentó al gorila. Permaneció allí, en el mismo sitio, y golpeándose el pecho con sus colosales puños, que resonaban cual si fuera

un inmenso tambor, y lanzaba terribles rugidos.

El rugido del gorila es el sonido más extraño y pavoroso que puede oírse en las selvas africanas. Empieza á guisa de un ladrido cortado, como el de un perro irritado; se trueca después en ruido sordo, que semeja á maravilla el estampido lejano de un trueno; de suerte que muchas veces he estado confuso y vacilante al oír á lo lejos el rugido del gorila. La sonoridad de semejante rugido es tan profunda, que parece salir menos de la boca y de la gola que de las espaciosas cavidades torácicas y abdominales. Los ojos del gorila se iluminaron con gran fulgor mientras permanecíamos inmóviles y á la defensiva. Los pelos de la parte superior de su cabeza se erizaron y movieron rápidamente; y, descubriendo sus poderosos caninos, lanzaba ruidosos rugidos.

El gorila se ofrecía á mis ojos como la imagen espantosa de algunos sueños, creaciones fantásticas, seres híbridos, mitad hombres mitad animales, que la ardiente imaginación de nuestros artistas ponen como huéspedes de las regiones infernales.

Adelantó el gorila algunos pasos, paróse para rugir de nuevo á unos diez pasos, y, cuando iba á lanzarse sobre nosotros, hicimos fuego y cayó al suelo.

El gorila dejó escapar un estertor de hombre y bestia á la vez. Su cuerpo tembló convulsivamente durante algunos minutos; sus miembros se agitaban con fuerza; después, quedó inmóvil: había muerto.

Pude contemplar á mi sabor aquel inmenso cadáver. Medía 5 pies 8 pulgadas; y el desenvolvimiento de los músculos de sus brazos pregonaba un vigor prodigioso.

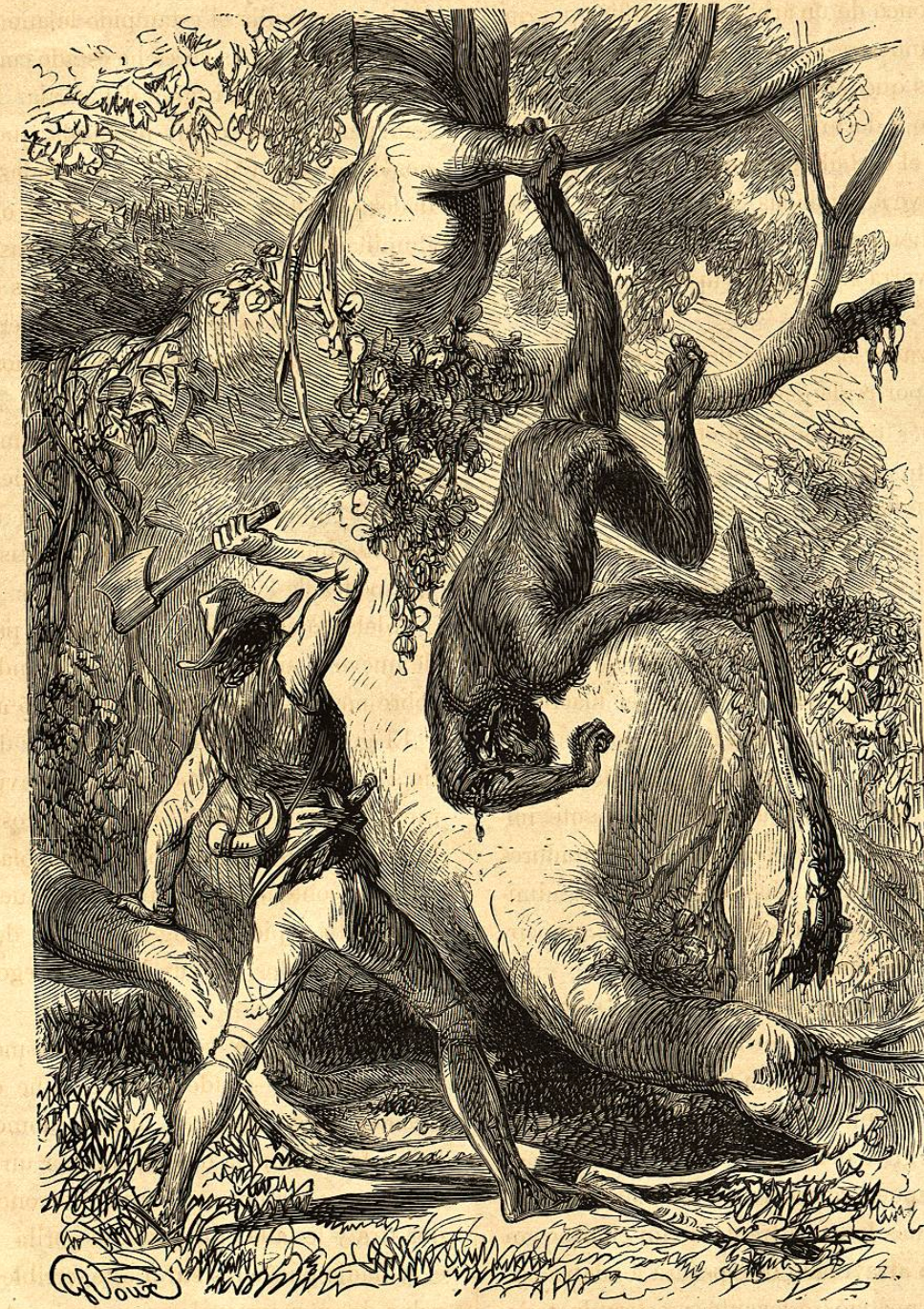
Es un principio, verdadero aforismo para los buenos cazadores,—añade Chaillu,—que debe reservarse el hacer fuego hasta el último momento. Sea que la bestia feroz tome la detonación por un desafío amenazador, ó ya sea por otra causa desconocida, si el cazador tira, y le falla el disparo, el gorila se lanza sobre él, y nadie puede resistir á este terrible asalto. Un solo golpe de su enorme pie, armado de uñas, abre el vientre á un hombre, y hunde su pecho ó aplasta su cabeza.

Algunos negros, en semejante trance, han visto al gorila romper á pedazos, en sus manos, el fusil, y reventar en el suelo al indígena.

La caza del gorila es una de las más arriesgadas y de fatales consecuencias para el hombre, porque aquella fiera se coloca frente á frente, esgrimiendo sus brazos como armas defensivas, á guisa de terrible boxeador.

Cuando, durante la noche, un negro ataca á un hipopótamo á orillas de un río, huye después de haber disparado; pero, si dispara contra un gorila, le aguarda á pie firme, porque de nada le serviría la fuga.

El gorila muere lo mismo que el hombre: una bala certera, dirigida al pecho, le derriba y le mata. Cae con la cara dirigida al suelo, separados sus grandes brazos y lanzando con el último suspiro un terrible grito,



Lucha con un chimpancé

que, á pesar de ser de triunfo para el cazador, resuena á su oído lúgubramente, como el grito supremo de una agonía humana.

La postura habitual del gorila no es á dos pies, sino á cuatro patas. Corre con gran presteza.

La fuerza muscular del gorila hállase en perfecta armonía con su osamenta. Los negros le atacan con

fusil; y en las regiones del interior del África, en que no es común ó conocido el uso de armas de fuego, el gorila vaga con toda libertad y sin temor de ser inquietado.

El gorila no emplea más armas defensivas que sus forzudos brazos, á pesar de poseer poderosos dientes.

Los indígenas del interior tienen como exquisito bo-

cado la carne del gorila. Las tribus de la costa tachan de ofensa el que se les brinde con carne de aquel simio, sin duda por la afinidad que creen existe entre el gorila y ellos. Algunas tribus del interior no comen, tampoco, la carne de aquel animal, por vedárselo sus supersticiosas creencias.

La piel tiene el espesor de una piel de buey.

El resumen de las principales narraciones acerca del gorila es que su caza es tan arriesgada como difícil.

Como el gorila es un animal que inspira vivo interés, no huelgan en esta enciclopedia venatoria los siguientes párrafos de una obra del director del Jardín Zoológico de Viena, Gustavo Jaeger, en que su autor imprime el sello personal y se muestra sobrado severo con Chaillu:

«El gorila se descubrió para la historia natural, en el año de 1846, por un misionero americano llamado Wilson; y á principios de 1850 llegaron á Europa pieles, esqueletos, y hasta un ejemplar entero, conservado merced al alcohol. Más tarde un viajero francés, Du-Chaillu, excitó la más viva curiosidad describiendo sus aventuras con los gorilas: exageraciones y fanfarronadas que fueron combatidas por un inglés. La verdad, según se desprende de las escasas observaciones del animal vivo hechas hasta ahora, es que el gorila dista mucho de ser el temible monstruo de Du-Chaillu, que arranca árboles del grueso del muslo y dobla fusiles en la rodilla; sino que, semejante á los demás grandes monos, es un animal tímido, que habita en las selvas, que se defiende con la energía peculiar de su grandeza, fuerza é índole salvaje, y que, en lo demás, vive como los individuos conocidos de su especie, especialmente como el chimpancé, y sin otra diferencia que ser exclusivo habitante de los bosques. Su patria es el África occidental, hallándose con más frecuencia en el territorio regado por el Gabón y el Fernando-Vaz, y sin acercarse tanto á las costas como el chimpancé. Mora en los bosques más espesos, y anda más por tierra á cuatro pies que sobre los árboles. Come *pisang* y cañas de azúcar, y duerme en los árboles más altos. Se encuentran más comunmente en parejas ó en familia que en tropas, y el esposo construye para su esposa preñada un lecho de ramas, que se eleva sobre el suelo desde 5 á 8 metros, lo cual no significa que se fije, pues siempre anda vagabundo.

En la época del celo combaten los machos con furor, y lo más probable y frecuente es que muera siempre el más débil. Los naturales, para expresar sus relaciones con el hombre, dicen: «Dejadle solo, y él os dejará también solo.» No ataca al hombre sino al

verse atacado; y, al parecer, se contenta con morderlo de una manera no despreciable. Winwood Read asegura que un gorila puede matar un hombre, aunque, por otra parte, afirma con la más completa certeza que esto no ha sucedido nunca. Y su opinión conviene por completo con las observaciones hechas por mí, como director del Jardín Zoológico de Viena, sobre las luchas de los monos. Todos ellos acometen furiosos á su contendiente, y, con la rapidez del relámpago, lo muerden con rabia y lo dejan en seguida.»

Cuando escribía esto Jaeger, no había llegado á Europa más que un ejemplar vivo, que murió, de un mono llamado *gorila*, aunque no declarado tal por los inteligentes. Estuvo en el Aquarium de Berlín, y en todo se asemejaba al chimpancé.

A despecho de las afirmaciones de Jaeger, el gorila mata á indígenas en los bosques del Africa.

En París, no hace mucho tiempo, había en el Jardín de Plantas un pequeño gorila. En abril de 1883 pudimos examinar á nuestro sabor aquel ejemplar, raro en Europa. El simio tendría, á lo sumo, de tres á cuatro años. Mr. Milne-Edwards lo tachaba de grosero y brutal, al parangonarlo con el chimpancé y el orangután, en su informe dirigido á la Academia de Ciencias.

El gorila del Jardín de Aclimatación de París fué importado, en el propio año 1883, de Gabón, y era el primer mono antropomorfo de aquella especie que llegaba vivo á Francia.

Jamás dió la menor señal de afecto á su guardián, y se dejaba tocar con repugnancia, contestando con mordiscos á las caricias y halagos.

Aquel gorila era poco activo, y permanecía acurrucado en el fondo de la jaula, ó bien reclinado en actitud perezosa sobre una rama y con la espalda adosada al muro, moviéndose sólo aguijoneado por el hambre.

El gorila no pudo resistir la nostalgia, y murió el mismo año 1883.

Nuestros lectores hallarán la imagen viva del gorila en el hermoso dibujo de Specht, que representa á un antropomorfo adulto ahogando entre sus brazos á un feroz leopardo.

II

Mucho más podríamos añadir sobre el gorila; pero, ya lo hemos dicho muchas veces; el camino es largo, y no podemos detenernos mucho si tenemos que dar cima á nuestra tarea.